

## LA CUESTA:

La noche nacía del suelo y en las calles reinaba lo escondido. Era una noche oscura y fría que luchaba por no morir con la salida del primer rayo del alba. Una noche de esas en que las estrellas se unen para dibujar la cara del miedo, que te observa desde su reino en las alturas y con su rayo te congela el alma. Entonces, ya eres suyo para siempre.

Mis pisadas resonaban en las entrañas de la tierra... despertando a los demonios que pronto saldrían a buscarme.

La lluvia golpeaba el asfalto con una rabia incontenida, como enviada por el mismísimo Satán; mi paraguas protegía mis pensamientos, y mi visión se acortaba por obra de la oscuridad; pero llegué al lugar donde mis pies me transportaban y mi mente me atraía. Radiante bajo la lluvia, iluminada por los relámpagos que anunciaban mi llegada, ahí estaba: La Cuesta.

En una noche negra como el alma del mayor de los asesinos, una de esas en que las brujas se horrorizan ante sus visiones, y sus bolas de cristal se quiebran como estrujadas por una mano invisible. En una noche de esas, yo encontré la Cuesta.

A lo lejos brillaba el asfalto empapado, alumbrado por las luces de las farolas que brotaban a ambos lados de la senda; semejaba su cumbre la boca de un lobo; negra, inmensa... guardiana de secretos que mejor habría sido no descubrir.

El agua celestial golpeaba mi paraguas sin tregua ni cese-ya había alcanzado mi ropa-haciéndome formar parte del llanto de una noche sin luna.

Una de aquellas en que los necios y supersticiosos se entierran en sus lechos cubriendo sus cuerpos con mantas hasta la cabeza creyéndose seguros, pero no escapan a la mano huesuda y haraposa que, bruscamente y cuando menos se lo esperan, retiran las ropas de sus camas dejando a la intemperie unos cuerpos temblorosos en posición fetal. Entonces deciden no moverse

pensando que el miedo desaparecerá; aprietan con fuerza los párpados encharcados.

Y es cuando sienten en la nuca ese aliento gélido que les deja sin respiración y les hiela la sangre.

A mí me ocurrió una vez. En una noche sin luna. Llovía. Cuando volví a recuperar la movilidad de mis músculos, tuve el valor para encender la luz. No había nadie en mi cuarto. Pero el suelo estaba cubierto de barro en forma de pisadas. Y esas pisadas se dirigían... hacia el armario. No tuve valor para buscar nada más. Tuve la sangre fría de volver a mi cama e intentar dormir. A la mañana siguiente, cuando la luz del sol desterró a las tinieblas de mi cuarto, las pisadas habían desaparecido al igual que aquella sensación de terror que me embargaba. De día, todo se ve con otra óptica y empecé a pensar que lo había soñado. El día trae paz a los corazones temerosos como el mío. Lo malo es que la noche siempre regresa. Nunca he vuelto a dormir con el armario entreabierto, y en las noches sin luna, siempre coloco una silla delante de sus puertas.

Frente a mí se hallaba la Cuesta, pronto llegaría a mi destino, aún debía avanzar algunos metros hasta llegar al borde de la misma. Aunque esa noche de perros aquella parecía no tener fin, pues su cumbre había sido engullida por las tinieblas. Sólo cuando el cielo abría los ojos color azul relámpago parecía distinguirse su punto más alto. Aún me encontraba dentro de los radares de la civilización, pues flanqueaban los lados del camino viejas casas unas, recién levantadas otras, algunas en proceso de reforma... Me detuve frente a una de ellas. Es curioso lo que sucede en las casas viejas por la noche. Como ocurre en la mayoría de los casos, cuando el día penetra por todas sus grietas puede resultar incluso apacible. Una persona puede llevar a cabo su jornada con absoluta normalidad achacando los ruidos que se puedan apreciar a la antigüedad de la estructura. A medida que el sol va perdiendo facultades, podría incluso parecer que alguien con oscuras intenciones hubiera logrado adentrarse en la casa; un ladrón, quizás. Entonces uno se arma con cualquier objeto sólido, consistente y, a poder ser punzante, y se recorre cada una de las habitaciones encontrando, como es lógico, nada.

Pasan las horas y nuestro solitario amigo se prepara la cena, y se encamina al salón con la bandeja y su vianda, y se sienta en el sofá a ver la tele. Puede que se quede dormido en el sitio, o que permanezca hasta las tantas disfrutando de la programación. Sea como fuere, el momento de irse a acostar llega, y con ello la problemática de abandonar la seguridad del sofá y de la estancia, cuya puerta se halla cerrada. Quién sabe lo que uno puede encontrar al otro lado, en la penumbra. Hay que incorporarse, pero los pies están en alto. No tocan el suelo. Nunca deben tocar el suelo por la noche, o se exponen a ser atrapados por la huesuda y haraposa mano que nos acompaña en las noches solitarias y emblemáticas como ésta y que, si no ponemos cuidado, no tendrá reparos en arrastrarnos con ella al mismo Infierno, de donde no creo que se salga tan fácilmente como se ha entrado. Entonces surge una idea: desterrar a las tinieblas, abrirse paso entre ellas hasta llegar al resguardo del lecho. ¿Y cómo se vence a la cerrazón? Inundándola de luz; luz artificial, en este caso. Así pues, hay quien opta por ir encendiendo todas las luces de la casa a su paso. Primero, la del salón, después la del pasillo hasta llegar al baño... lo malo es que para llegar al cuarto donde uno va a dormir, hay que ir apagando todas las bombillas e, inevitablemente, abrirse paso entre las sombras. Éstas son, si se me permite el atrevimiento, quizá más peligrosas que la propia oscuridad en sí, pues aunque uno se halle seguro en un intervalo de luz, el Miedo, el Mal, acecha en el siguiente, que es sombra, dándole la posibilidad de reorganizarse en un intervalo posterior. Es por ello más difícil escapar. Y en ese instante en que solamente queda iluminada la habitación donde se intentará coger el sueño, es cuando hay que cerrar la puerta deprisa y bien, pues-si no ha quedado nadie (o nada) dentro-sólo así se podrá tener la certeza de que uno está completamente solo. Esto, aunque pese, no es del todo cierto.

Por fin, en la cama, tapado hasta la nuca (eso no sirve de nada, yo lo sé muy bien) la gente cree estar a salvo; mas de pronto aquellos ruidos que por el día se achacaban al peso de los años, entonces se transforman en rumores, y esos rumores en débiles susurros, y esos susurros

evolucionan a voces de ultratumba. De pronto, lo ves: “¡Dios mío, en esta casa al menos han muerto tres personas!”. Hasta no hace mucho, la gente moría en casa. En la cama. Allí los familiares amortajaban el cadáver y lo velaban toda la noche. Allí los vecinos y conocidos presentaban sus respetos al difunto y a sus familiares y éste sólo abandonaba el lugar para recibir santo oficio y sepultura.

Las casas viejas me dan escalofríos, pero algo dentro de mí me impulsa a pasar la noche en ellas. La misma fuerza que me inducía a subir la Cuesta aquella noche sin luna; ello significaba abandonar la civilización y exponerme a toda clase de peligros. La penumbra luchaba por obtener el control del espacio y la lluvia no tenía intención de abandonar su espacio; pronto, el viento se uniría a ambos obligándome a sostener el paraguas con ambas manos. Mi corazón estaba inundado de aquel miedo que te empuja a descubrir... quizá tu propio final, o tal vez el valor de demostrar nada; pues cuando la adrenalina deja de fluir como caballos de carreras por tus venas y la mañana te muestra una nueva realidad comprendes que los peligros a los que te habías expuesto no tenían razón de ser. Pero a mí esa noche sólo me importaba una cosa: debía llegar al cementerio. Él me estaba esperando, ya le había fallado días atrás y yo sabía que si me daba la vuelta esta vez no volvería. Le debía una visita. Lo juré en mis sueños.

La noche, y especialmente sin luna, no sólo esconde peligros sobrenaturales. Existen otros “reales” de los cuales es complicado escapar si consiguen atraparte. Me refiero a aquellos actos provocados por seres impuros que preparan sus almas para pasar la eternidad en el Infierno. Se esconden bajo el velo de la noche y aprovechan la ausencia de la luna, la gran farola que ilumina el sendero a los caminantes nocturnos, para elegir a su presa y atacarla. Dependiendo de su furia, en un momento dado pueden añadir la vida de alguien a su botín.

Y eso, damas y caballeros, era lo que a mí más probablemente me esperaba al final de la Cuesta.

El camino al cementerio ya era peligroso de día, imagínense de noche. Al final de la cuesta yacía una encrucijada, algo que tras la caída del crepúsculo (y a medida que el manto de la noche se hacía notar) se debe evitar. Es una realidad que, ya desde hace más de mil años, el ser humano conoce. Los espíritus que se niegan a abandonar este mundo merodean por los caminos solitarios, y se concentran en las encrucijadas. Algunos tratan de avisarnos de que no sigamos por ahí, y nos instan a deshacer nuestros propios pasos. (Quién no ha oído la leyenda de la mujer muerta que espera al lado de una curva para avisar a los conductores de la peligrosidad de la misma, alegando que “ella murió allí”); leyendas como esas se han dado desde el Medievo y, casualmente, han acontecido en encrucijadas o cerca de éstas. Hay, en cambio, otros espíritus más retorcidos que inspiran a los impuros a realizar los más horribles crímenes contra aquellos que se atreven a romper la soledad del paisaje. Pero ni los espíritus benignos o malignos, ni los salvajes que aún no han muerto me detendrían aquella noche; yo tenía una fijación, que era postrarme ante la tumba de un buen hombre, y el miedo me impulsaba a encaminarme hacia ella. La lluvia daba señas de agotamiento y parecía que iba a amainar, mas el viento no me daba tregua, por lo que era inútil ya continuar con el paraguas abierto. Bajo mis pasos la Cuesta moría y cada vez me encontraba más cerca de su cumbre, donde el cielo y el suelo, y todo lo que se encontraba entre ambos, era oscuro como las cuencas de los ojos de Caronte.

Cuando conquisté su cima, me encontré con la segunda encrucijada. La primera la había dejado atrás, en el principio de la senda. Escogí destino: de frente. El cementerio se halla ubicado en un gran valle, por lo que a su alrededor no hay nada salvo tierra y hierba. Había dejado el pueblo atrás. Y, con la luna negra, mi visión se reducía a la luz de las farolas que, a mi espalda, iluminaban la Cuesta. La lluvia cesó y las nubes abandonaron sus trincheras, el cielo quedó despejado y las estrellas iluminaron tímidamente el camino. Esto me permitió atisbar un poco mejor el rumbo que debía seguir. Dejé atrás la encrucijada.

Dicho camino era recto, y mi meta comenzaba a verse con una mayor nitidez. Pero a cada momento que me parecía tenerlo más cerca, parecía como si éste se alargase y el cementerio se alejara de mi vista y de mi alcance. Y cada paso que me acercaba al lugar iba acompañado de rumores, crujidos y suspiros de ultratumba que inundaban el aire y me helaban la sangre. Entonces, aquel Miedo que en un principio me instigaba a seguir adelante, se transformó en un sudor frío y un temblor que me invitaba a abandonar mi gesta. La razón inundó mi propósito anunciándome que de día las cosas se ven desde otra perspectiva. Me detuve en seco, decidida a volver por donde había venido. Fue entonces cuando la vi: la tercera encrucijada se hallaba frente a mí, y erguido sobre ella... el cementerio. Sus puertas de hierro estaban tan cerca que si estiraba el brazo podría haberlas rozado con mis dedos. Es significativo el hecho de que un cementerio se encuentre emplazado justamente sobre una encrucijada, nada menos que la tercera del camino, una concentración de fuerzas que abre una puerta entre la tierra de los vivos y el mundo de los muertos.

Crucé el umbral al otro lado, y me encaminé hacia la sepultura de aquel que me esperaba, que me llamaba en sueños, en los cuales me suplicaba un poco de mi compañía y alguna oración por su alma. Cuando llegué a la cuarta encrucijada, formada por la propia disposición de las tumbas, el viento de la noche cobró fuerza y en su galopar depositó en su montura terrones de tierra que disparó hacia mis ojos. Resguardé mi rostro, pero me había cegado. Tras reponerme, continué avanzando y de pronto el cielo soltó un rugido ensordecedor, levantó sus párpados y dejó escapar un par de rayos que iluminaron el cielo y el camposanto. La lluvia regresó con más fuerza, intenté abrir mi paraguas, pero fue inútil, de modo que la lluvia penetró entre mi ropa hasta tocar mi piel. Pero estaba ya tan cerca... la luz de los cirios ofrendados en las urnas de cristal de varias tumbas alumbraban mis pasos hasta que el viento de la noche la extinguió. Los cuatro elementos se habían puesto de acuerdo aquella noche, tras dejar atrás la cuarta encrucijada, para sabotear mi

promesa de postrarme ante la tumba de un buen hombre. Mis ojos alcanzaban a ver tan solo penumbra. Intenté palpar algún lecho de piedra, cuando algo o alguien me agarró con fuerza. Grité, pero una mano fría me tapó la boca. Entonces un montón de manos surgidas de la oscuridad y que yo no podía ver, pero sí sentir, me sujetaron frenéticamente por los brazos, las piernas, el tronco, el pelo... y hundían sus uñas en mi piel. Al unísono nacían voces de lo que parecían gargantas rotas por la descomposición post mortem. Cuando creí que mi corazón iba a explotar, la pesadilla cesó y un relámpago, seguido de un trueno, resplandeció en el cielo permitiéndome ver que no había nadie a mi alrededor. Sin pensarlo dos veces giré sobre mis talones y eché a correr hacia la salida. Tropecé violentamente con varias jardineras de piedra depositadas a los pies de las tumbas, pero no me detuve. La noche se había vuelto tan negra que no vi que las puertas estaban cerradas, de modo que choqué con ellas y caí al suelo. De nuevo surgieron las voces, y otra vez me agarraron las muñecas, pero yo me liberé con aplomo. Me encaramé a las verjas que sellaban el sitio y las zarandeé en un desesperado intento de escapar de allí; entonces la pesadilla regresó y volví a sentir aquellas manos agarrándome. Tiraban de mí con brusquedad, no dejarían que me fuera. Hasta que sucedió lo inesperado. De entre las tumbas surgió una figura envuelta en una luz distorsionada por la lluvia y el llanto en mis ojos. Se acercó con paso decidido y yo sentí que me liberaban, y las voces se hacían cada vez más insignificantes. Aquella imagen de luz abrió las puertas del cementerio, y antes de permitirme abandonarlo consintió en mostrarme su rostro en medio de su esplendor: era aquel a quien yo vine a visitar. Me dijo que no temiera a las almas resplandecientes y que no mirara hacia atrás en mi huída, ni tampoco hacia el frente.

Corrí de nuevo hacia la Cuesta, no veía absolutamente nada, pero podía oír aquellas voces de ultratumba. Cuando me estaba acercando a la segunda encrucijada, la que está al final de la Cuesta, pude ver una imagen envuelta en luz; era sin duda un alma resplandeciente. Sus destellos

iluminaron otras almas que había a su alrededor, en realidad estaban por todas partes, eran más oscuras. Eran almas malditas que también me estaban esperando. Una de ellas intentó salir a mi encuentro, pero mi guardián resplandeciente se lo impidió. Al acercarme a la segunda encrucijada y comprobar que debía pasar junto a las dos almas, recordé las palabras de mi salvador en el cementerio: “no mires atrás, ni hacia delante”, y cerré los ojos. Bajé la Cuesta, completamente a ciegas, rezando para no tropezar con nada, como si llevara ruedas en vez de pies y cuando llegué al principio del camino que no debí haber comenzado, caí exhausta y ensangrentada. Intenté recobrar el aliento mientras mi corazón saltaba dentro de mi pecho hasta el punto de tener que llevar una mano sobre él como para impedir que escapara. Me tumbé en el asfalto, con los brazos y las piernas en cruz, dejando resbalar la lluvia por mi cuerpo.

Mi tensión volvía a la normalidad. Parecía que todo había acabado. Las farolas anunciaban mi regreso a la civilización, las casas viejas, nuevas y reformadas se hallaban ahí, firmes a los lados de la vereda que lleva al cementerio. Entonces, un resplandor me cegó, yo me incorporé y vi otra imagen que me alertó: “Estás tumbada en medio de la primera encrucijada”. Detrás de ella, vi un alma oscura que extendía su mano, pero mi guardián de luz le lanzó una mirada de fuego que le hizo retroceder. Viendo que aún no me hallaba a salvo, cerré de nuevo los ojos y, como si de pronto hubiese calzado las sandalias aladas del dios Hermes, salí de allí y no me detuve hasta que llegué a la carretera general y prácticamente me arrojé sobre el capó de un coche que, afortunadamente, no llevaba mucha velocidad. Tras reconocermelo en Urgencias y pasar una noche en el hospital, decidieron darme el alta.

Aunque no creí que lo pudiera lograr, esa y la noche siguiente en mi casa dormí como un bebé (de los buenos, no los que se pasan llorando casi hasta el amanecer...). Y a la mañana siguiente me llevé una inquietante sorpresa: A los pies de mi cama encontré mi paraguas. Sí, aquel que perdí en el cementerio mientras una especie de demonios trataban de llevarme con ellos al

Infierno, o yo qué sé, porque no he sabido explicar lo que ocurrió aquella noche, es más, ni siquiera he intentado buscar una explicación para la gente que me pregunta cómo me hice estas heridas; pienso que, en el fondo quieren dejarlo estar y las achacan al atropello. Además, después de haberme hecho todo tipo de pruebas y comprobar que ni me habían violado ni había sufrido daños graves, mis allegados han preferido dejarlo estar. Y tampoco han surgido problemas con el pobre dueño del coche sobre el que me abalancé. Sólo sé que encontré mi paraguas en mi habitación y que las puertas de mi armario estaban abiertas de par en par.

Ahora cada noche coloco un par de sillas frente a éste y en las noches de Luna Nueva, no salgo ni para irme de fiesta con los colegas. Por cierto, los muy cabrones me llaman Lili Monster, ya que después de esa noche sin luna me nacieron en el pelo dos molestos mechones blancos que no soy capaz de hacer desaparecer ni con el más prodigioso de los tintes. En fin.